

1) Ya antes de la pandemia cundía la preocupación por nuestros mayores. Así,

- nos preocupaban tantos casos de soledad que conocíamos, solo en Aragón 78000 viven solos;
- nos preocupaba la creciente dificultad para que encontraran una residencia más asequible;
- y nos preocupaba su progresivo aislamiento, ya que para realizar cualquier gestión se les exige cada vez más utilizar tecnologías cuyo manejo es difícil para ellos.

Pero llegó la pandemia y, con ella, sus dificultades crecieron:

- han sido los que más han sufrido la enfermedad y la muerte a causa del virus,
- y se han visto más aislados, al ser mucho más difícil encontrarse con sus familiares y poder ser ayudados por ellos, y extenderse todavía más el uso de las nuevas tecnologías para cualquier actividad.

2) Ante esta realidad, el Papa Francisco nos dice sobre los mayores:

El número de los ancianos se ha multiplicado, pero nuestras sociedades no se han organizado suficientemente para hacerles un lugar, con justo respeto y concreta consideración por su fragilidad y su dignidad. Mientras somos jóvenes, tenemos la tendencia a ignorar la vejez, como si fuera una enfermedad, una enfermedad que hay que tener lejos; luego cuando nos volvemos ancianos, especialmente si somos pobres, estamos enfermos, estamos solos, experimentamos las lagunas de una sociedad programada sobre la eficacia, que en consecuencia, ignora a los ancianos.

Así, los ancianos son abandonados, y no sólo en la precariedad material. Son abandonados en la egoísta incapacidad de aceptar sus limitaciones que reflejan las nuestras, en los numerosos escollos que hoy deben superar para sobrevivir en una civilización que no los deja participar, opinar ni ser referentes según el modelo consumista de “sólo la juventud es aprovechable y puede gozar”.

Y los ancianos son una riqueza, no se pueden ignorar. Son hombres y mujeres, padres y madres que nos han precedido en nuestras mismas calles, en nuestra misma casa, en nuestra batalla cotidiana por una vida digna. Son hombres y mujeres de quienes hemos recibido mucho. El anciano no es un extraterrestre. El anciano somos nosotros: dentro de poco o de mucho, inevitablemente de todos modos. Y si nosotros no aprendemos a tratar bien a los ancianos, así nos tratarán a nosotros.

La Iglesia no puede y no quiere adecuarse a una mentalidad de intolerancia, de indiferencia y desprecio a los mayores. Debemos despertar el sentido colectivo de gratitud, aprecio y acogida, que haga sentir al anciano parte viva de su comunidad.

Ojalá no nos olvidemos de los ancianos que murieron por falta de respiradores, en parte como resultado de sistemas de salud desmantelados año tras año. Cuidemos la fragilidad de cada anciano, con esa actitud solidaria y atenta, la actitud de proximidad del buen samaritano.

3) Ante la situación que viven los ancianos actualmente y la llamada a actuar que nos hace el Papa Francisco, la Parroquia de S. Andrés creemos que es el momento de trabajar para garantizar y promover los derechos de las personas mayores, y mejorar su calidad de vida.

Por eso, animamos a potenciar los grupos de pastoral de la salud y de Cáritas para que a través de ellos podamos atender a aquellos ancianos que se encuentran solos y en una situación más precaria en nuestro barrio. Asimismo, invitamos a colaborar en la puesta en marcha de un teléfono en la parroquia al que puedan llamar los mayores para conversar y sentirse acompañados.

Por último, queremos mostrar nuestro apoyo y colaboración con aquellas entidades e iniciativas que defienden y reivindican el que haya una residencia pública en nuestro barrio. Así, los mayores no tendrán que salir del barrio para encontrar una residencia más asequible y podrán seguir estando cerca de sus familiares, vecinos y lugares de toda la vida.

Como expresión de esta petición, vamos a realizar el siguiente signo (consiste en poner en un cartel las letras que componen el mensaje “Residencia pública ya!”).